

Sobre la amabilidad y la desesperanza

(Autointerrogatorio)

Jorge Riechmann

[En *La Pecera*, 9 (2005); reed. en *Resistencia de materiales (ensayos sobre el mundo y la poesía y el mundo)*, Barcelona, Montesinos, pp. 107-116.]

¿Ética? ¿Poética? Las buenas formas lo son todo.

¿Realismo sucio? Yo me ducho todos los días.

¿Ferozes? En una hora de transacciones bursátiles en cualquier país de los que llamamos “desarrollados” hay más ferocidad de la que nunca cabría en una vida de poeta. Mi ideal —con Brecht— es más bien la amabilidad.

¿Poesía maldita? ¿Maldicha? Intento decirla bien.

¿Poesía de la conciencia? “He pasado de la conciencia de la poesía / a la poesía de la conciencia”, escribió hace ya tantos años el gran poeta cubano Cintio Vitier, en una circunstancia histórica bien diferente a la nuestra. Pero esta expresión, “poesía de la conciencia”, viene siendo reivindicada en años recientes por jóvenes poetas españoles disconformes con la glorificación de la abulia y la imposición del sonambulismo. Los que ya no somos jóvenes hemos de saludar tal determinación.

¿Poesía de la vinculación? Me he referido a menudo a esto, en los últimos años. Quizá no hay mejor formulación que el verso de Quevedo: poesía que busca “el pasadizo que hay de un cuerpo a otro”, que no desespera de hallarlo, aunque todas las evidencias estén en contra.

¿Poesía filosófica? Sólo en sentido etimológico: no sé y me gustaría saber.

¿Una definición muy breve de la poesía? Lo contrario del *show-business*, en todos los sentidos.

¿Qué te mueve a escribir? La pasión de comprender el mundo, y la pasión de ser fiel a los encuentros. Filosofía y poesía, podría uno pensar. (Me falta, en cambio, esa pasión por inventar vidas que debe de ser consustancial a los narradores: ellos sabrán).

¿Es un destino escribir? Escritor es aquel que hasta que no escribe, no comprende. Una subespecie un poco lenta y lerda de ser humano.

¿No son sabios los poetas? No sé lo que dice mi poema hasta que está escrito... y entonces, qué vanidosa pretensión, muchas veces tampoco.

¿Pero y Juan Ramón Jiménez, que pedía poesía metafísica y no filosófica? Era un santo; los santos siempre están un poco “p’ allá”, o sea, un poco más allá de nuestro *ahí*.

¿*Colaboraciones literarias*? Si una niña me pide un poema para la revista de su Instituto, se lo envió enseguida. Si un ambicioso literato me lo pide para su ambiciosa revista que ambiciosamente acaba de desenfundar (hay quien funda revistas, y quien las desenfunda), le digo que enseguida, y aún está esperándolo.

¿*Técnica del libro de poemas*? Soy un animal que construye poco a poco: merodeo por el bosque, investigo, examino, descubro, aporto un día un trozo de bramante, otro día acarreo unas semillas de exquisita forma... Y con todo ello voy elaborando mi construcción.

¿*Cómo leer*? Uno encuentra el alimento que le hace falta si tiene libertad de movimientos, confianza en sí mismo y amor por la vida.

¿*Desesperanza*? Para mí hay un límite moral claro: el de las dos mil trescientas kilocalorías. Por encima de la ingestión de dos mil trescientas kilocalorías diarias, no tenemos derecho a la desesperanza, sino obligación de luchar.

¿*Riesgos ecológicos*? Lo que cuenta es el buen ambiente.

¿*Seres sagrados*? El animismo es una verdad emocional. Y si algo necesitamos es curar nuestras emociones.

¿*Eres un poeta religioso*? En el sentido etimológico de la expresión —*religare* es reunir—, sin duda. Pocas ideas más importantes para mí que la de vínculo. Como dice el texto siux, “todo lo viviente está unido por un cordón umbilical. Las altas montañas y los arroyos, el maíz y el búfalo que paca, el héroe más valiente y el tramposo coyote...” (de la compilación de poesía aborigen *Colibríes encendidos*).

¿*Poesía testimonial*? Claro: la poesía da testimonio de la sangre de las mujeres, los sueños de las nutrias y la soledad de las estrellas.

¿*Cambios en tu poesía reciente*? En el año cero cero sustituí la mesa de trabajo por la hamaca de trabajo, lo cual tuvo consecuencias poéticas.

¿*Manifiestos, grupos de escritores, salones de independientes*? Nos orientamos por el sol, la luna y el lucero de la mañana. La independencia se demuestra practicándola, no proclamándola.

¿*La gente de tu gremio*? Aguanto cada vez menos a las poetisas y los poetas que se ponen “poéticos”. Le diría al poeta: no te pongas poeta. Lo tuyo no es seducir, sino enamorar.

¿*No son demasiados los y las poetas que se pasan a la novela*? Una ventaja *a priori* de los poetas sobre los novelistas: no aspiran a “vivir de la literatura”. Si se acuestan con su dama (o con su caballero) no es buscando un braguetazo, sino por pasión erótica.

¿*No resulta un poco excesiva tanta queja contra la “poesía oficial”*? Uno no puede querer a la vez estas dos cosas: por una parte acampar en lo agreste, fuera de los muros de la ciudad, y gozar de la libertad del ermitaño; y por otra parte estar en las mesas de todos las tabernas, en los tabancos de todos los mercados, y ser invitado a todas las fiestas. Amigo, hay que elegir.

¿Pero la poesía no precisa justificación? Todos tenemos que intentar dar razón de lo que somos y lo que hacemos; pero mucho depende de dónde, cuándo, por qué y ante quién.

¿Qué te incomoda en la retórica? Su poder coactivo.

¿Cómo percibes la trayectoria de tu trabajo en poesía? Creo que hay una continuidad básica en lo que he hecho desde *Cántico de la erosión* (escrito en 1985-86) hasta hoy. Si acaso, en la redacción simultánea de *El día que dejé de leer EL PAÍS* y *Desandar lo andado* (estoy hablando de 1993-96) puede verse una inflexión: el primero de estos libros me da la impresión que agota una línea de escritura, extremándola, y el segundo se abre quizá hacia una dimensión más cósmica y al mismo tiempo más íntima, por donde se avanza en libros posteriores (*Muro con inscripciones / Todas las cosas pronuncian nombres*, *La estación vacía*, *Ahí [arte breve]...*). Saber que uno tiene orientarse también por la vertical de las estrellas; aproximarse con otros ojos al enigma del 2; atender a lo que dicen los animales. De todas formas, también esto se hallaba en los poemas de *Cántico de la erosión*, y aun antes; sólo que uno no se da cuenta del sentido de lo que hace hasta mucho después de haberlo hecho. Se trata de una espiral, como sabemos por Rilke, y sólo lenta e incompletamente va apareciendo el sentido de esa figura. Probablemente también desempeñó su papel el irme acercando a los cuarenta años y el haber iniciado un psicoanálisis.

¿No escribes mucho? ¿Cuál es la diferencia entre mucho y demasiado? “Leer es como vivir”, decía el poeta cubano Eliseo Diego: “corre uno el riesgo de llegar al fin y no enterarse”. Lo cual nos trae a la memoria la sensata advertencia del Eclesiastés: “el componer muchos libros no tiene fin, y el mucho estudio es fatiga de la carne”. Lo importante es enterarse de dónde se halla uno en cada momento: si se está aproximando a un remanso, a un cambio de sentido, a una encrucijada, o al fin...

¿Dificultad de escribir? Cuando uno ya sabe escribir libros de seiscientas páginas, lo verdaderamente difícil es escribir libros de ochenta páginas. Ése es ahora mi reto.

¿La pregunta por lo humano? ¿Cómo todo esto puede ser verdadero a la vez?

¿Comunista? Pero en política, y a pesar de los partidos llamados comunistas y de los regímenes políticos que evocaron retóricamente el comunismo, ¿se puede ser otra cosa?

¿De verdad ha triunfado la poesía realista en la España de los años ochenta-noventa? Perdón, pero realismo no es documentalismo sentimental.

¿Poesía social? Lo interesante son los contextos sociales donde el poeta, como ciudadano, desarrolla su trabajo social voluntario. Hubiera Mallarmé militado en el movimiento obrero...

¿Poesía comprometida? Oí alguna vez a alguno de los poetas “novísimos” —quizá Guillermo Carnero, o Luis Antonio de Villena— que su opción, en los años sesenta, había sido vivir y crear como si el franquismo no existiese. Creo que mi opción, a partir de los años ochenta, fue vivir y escribir como si el capitalismo existiese, y como si la democracia pudiera existir.

A quienes escribís —entre otros tipos de poemas— poesía política, muchas veces os reprochan: para eso ya están los sociólogos (o los periodistas). Muchas veces se podría replicar: y para escribir lo que tú, ya están los sacerdotes (o los “creativos publicitarios”). Ambos tipos de reproches, las más de las veces, son injustos.

¿Pero y la magia de la palabra? Las palabras poseen una magia débil. (Como las fuerzas débiles que mantienen en su lugar, sin desvencijamientos, la materia y la antimateria del universo).

¿Y no fuiste tú quien hace tiempo escribió: odio la magia? Eso ha cambiado bastante en los últimos cinco o seis años. La metáfora es la primera y la última de las formas de magia. Uno intuye que el poder chamánico, en la humanidad primitiva, no se basó —digamos— en el dominio del fuego, sino en el dominio de la palabra. ¿Cómo podría un poeta decir “odio la magia”? Hoy valoro como un enriquecimiento la forma en que la alquimia completaba al humanismo del Renacimiento, o la manera en que el esoterismo francmasón se conjugaba con las Luces en esa cima de la Ilustración que es Mozart.

¿No hay demasiadas contradicciones en todo esto? Sé muy bien cuántas contradicciones se necesitan para ser verdaderamente coherente, decía micer Pier Paolo Pasolini.

Mucho blablá. Pero, coño: ¿sirve de algo la poesía? La poesía es rigurosamente inútil, desvalidamente inútil, y por tanto perfectamente inútil; y la poesía puede devolvernos a los muertos, restaurar el cordón umbilical con las estrellas, restañar con piedad las heridas constitutivas. Las dos vertientes son ciertas, y de forma simultánea.

No me convence. De nuevo: ¿para qué la poesía? La poesía nos recuerda siempre que venimos del extravío, que avanzamos extrañándonos, y que nos sustenta algo que sólo atinamos a nombrar: enigma. Es el castizo Cristóbal de Castillejo (1494-1550), censor de las italianizantes modas importadas por Garcilaso y Boscán, quien —*malgré lui*— acierta a captar en tres endecasílabos más que brillantes el temblor de alteridad y de deseo sin el cual enmudece la poesía: “...y oyéndoles hablar nuevo lenguaje / mezclado de extranjera poesía, / con ojos los miraban de extranjeros”¹. Ese hablar nuevo lenguaje y esa mirada de extranjería son lo propio del poeta. En fin: una abeja en el corazón, por sugerirlo con la imagen del chileno Rosamel del Valle.

Perdona que insista. ¿En qué medida la poesía ayuda, auxilia? Por los caminos de la poesía, uno encuentra palabras que son suyas. Palabras que por supuesto proceden del acervo común, del gran bosque compartido del lenguaje, pero que al mismo tiempo son irremediable e intransferiblemente suyas. Como todo ser humano necesita palabras así —porque todos y todas necesitamos ser acogidos en el mundo—, la búsqueda del poeta puede ser inspiradora para los demás, y ayudarles.

¿Dudas posmodernas sobre lo verdadero? La palabra *postmodernidad* —pese a todas esas reivindicaciones de la levedad, la versatilidad, la ligereza— es pastosa. Me parece que complacerse en ella denota un gusto estragado. A mí me basta con la veracidad de la luminosa mañana de invierno.

¹ En *Paraíso cerrado* (ed. de José M^a Micó y Jaime Siles), Galaxia Gutenberg, Barcelona 2003, p. 89.

Tengo entendido que no te tienta demasiado el mundo audiovisual... En esta civilización que llaman “de la imagen”, cada vez me parece más importante reivindicar el libro, y lo que éste representa. Reivindicar su carácter exigente para con el lector o lectora, sin descender a indecentes compadreo o formas de adulación que en realidad buscan prologar la subordinación del adulado. Su pudorosa delicadeza en la protección de las mediaciones sin las cuales la vida social tiende a degenerar en carnicería. Su convicción democrática e ilustrada, su vigor a la hora de preservar los espacios comunes de la razón (que precisan separación, cierta distancia). Su capacidad de abrir un ámbito de silencio para cobijar a quien lee. Su iconoclastia, en el mejor sentido de la palabra. Su inmarcesible promesa humanista.

¿Para qué la escritura en plena era de la globalización? La cultura es hoy —si es que alguna vez no lo fue— una de las formas privilegiadas de resistencia contra el imperialismo; y el “globalitarismo” neoliberal es la forma contemporánea del imperialismo. Esto es verdad tanto en Madrid como en Chiapas, tanto en Nueva York como en Johannesburgo. Intelectual que vives dentro del Imperio del Norte, saca tus conclusiones.

¿Transformación social? Los pies descalzos tienen razón frente a los que descienden del automóvil. También después de 1917, también después de 1989, también después del 11 de septiembre de 2001.

Se percibe en tus recorridos cierto talante antiheroico... Creo que, si no todas las luchas políticas que valen la pena, al menos el 99% de las mismas están orientadas a lograr sociedades donde no hagan falta héroes. Ni héroes abominables (de los que se lanzan a la batalla estandarte en mano y música wagneriana en oído, enamorados de la muerte), ni tampoco héroes dignos (como los del poema de Martí i Pol: “Nuestra estirpe es de titanes. Lo digo / sin ningún prejuicio. / Pensad, si no, en la gente que, día tras día, / sufre, ama, muere; / aquella triste y olvidada gente / que cada tarde come el mismo plato, / poco aliñado, de ternura, / que dispone sólo de dos cuartos / para añorar los caminos, / que se sabe irremediamente vencida / por el destino, / y que, a pesar de todo, / engendra niños / y crece con los niños / y es poderosa y dulce como un árbol...”)².

A veces, la gravedad de los desafíos ético-políticos a los que hacemos frente nos abrumba. ¿Desde dónde responder? Dos refranes castellanos pueden resumir la actitud que me parece adecuada. El primero dice que *donde menos se espera salta la liebre*: hay que esperar lo inesperado, como nos enseñó el padre Heráclito, porque en caso contrario no se lo hallará. Hay que vivir optando por el milagro, por el surgimiento de lo nuevo, por las probabilidades improbables. Pero, no obstante, *a Dios rogando y con el mazo dando*: junto a nuestra fe en lo inesperado, no dejamos de trabajar con ahínco para materializarlo, para estar atentos al instante del *kairós*, para colarnos en el preciso momento en que se abra la puerta que sólo se abre una vez.

¿Te dice algo el adjetivo “progresista”? El único progreso indubitable es más bien trivial: progreso técnico, por ejemplo, la capacidad de almacenar cada vez más información en cada vez menos espacio. En cambio, el progreso más sustantivo —por ejemplo, en la consideración moral que nos merece el otro— es lentísimo e incluso cabe dudar que exista realmente. Así que más vale no engañarnos.

² HO DIC SENSE CAP PREJUDICI, poema de *La fábrica* (1954); reproducido en la revista *El Fingidor* 21, Granada, enero-abril de 2004, p. 36.

¿No exageras en tu rechazo de eso que algunos llaman el Basic Income? La utopía del trabajo es la construcción mancomunada de un mundo habitable. La encanijada utopía del SUI (Subsidio Universal Incondicional) es convertirse, como designados herederos, en partícipes de un mundo de becarios.

¿No tienes una fe excesiva en el ser humano? En cualquier caso no se trata de ningún optimismo pazguato, sino más bien de la apuesta por las probabilidades improbables. En este mundo nuestro, y en la terrible circunstancia histórica en que nos encontramos, uno puede creer básicamente en tres cosas: en los dioses, ángeles y superhéroes —como el criminal presidente de EE.UU. George W. Bush—; o en la vida bacteriana —como la bióloga y “sindicalista de las bacterias” Lynn Margulis—, que aguantará sobre este planeta pase lo que pase; o en el ser humano. Yo me decanto por la tercera opción, a pesar de los pesares, y eso que son muchísimos pesares.

¿España? Yo sé que, como español, estaría incompleto sin Salvat-Papasseit o sin Joan Brossa; allá tú, hermano, si piensas que como catalán puedes prescindir de Federico García Lorca y Antonio Gamoneda.

Insisto: ¿España? ¿Qué puede esperarse de un país donde, para alabar la excelencia de alguien, se le grita “torero, torero”?

¿Estética profesional? Me produce temblores: estetética.

Pero la belleza... La belleza y la justicia son seguramente las dos grandes cuestiones en la vida del ser humano; correlativamente, las dos grandes dimensiones de la poesía son celebración y crítica.

¿El aforismo como género? Lo antipático del aforismo: quien lo enuncia sabe, o cree que sabe, y da a entender que sabe (la mayoría de las veces, con exceso de énfasis). La poesía no sabe. Los mejores “aforismos” no son tales, son poesía: Antonio Porchia o Vicente Núñez.

¿Poesía, prosa, poema en prosa, prosa en poema? La diferencia entre la prosa y la poesía es la que hay entre la inmovilidad y el movimiento rápido. Eso nos lo enseñó una damisela muy ágil, Emily Dickinson: “They shut me up in Prose— / As when a Little Girl / They put me in the Closet— / Because they liked me ‘still’—” (“Encerrada me tienen en la prosa / como cuando era niña / y me metían en el armario / porque me querían ‘quieta’”, comienzo del poema 613). Y nos lo corroboró otro rápido bailarín, Nicanor Parra: “todo lo que se dice es poesía / todo lo que se escribe es prosa // todo lo que se mueve es poesía / lo que no cambia de lugar es prosa” (WHAT IS POETRY?).

¿Y las lecturas públicas de poesía? La lectura de un poema debe hacerse —en mi opinión— con la llaneza suficiente para no asustar a los niños pequeños, ni despertar a los integrantes del público que, tras dar las cabezadas de rigor, hayan podido sucumbir unos instantes al sueño reconfortante. En suma, que prefiero un tono neutro, lo más alejado posible del predicador religioso, el tribuno de la plebe o el actor enamorado de su propio engolamiento.

¿La labor de la crítica? Comentario: cementerio. La labor de la crítica es manipulación de cadáveres. Intentemos vivir cerca del poema, y dejemos a otros la obligación de enterrar y

desenterrar muertos. (Por otra parte, hay demasiados textos que, presentándose como espacios de análisis crítico, en realidad son picotas para exponer al ajusticiado. Faltan críticos de verdad, con la generosidad que hace falta para esa difícil tarea, y sobran inquisidores e inquisidorcillos...).

¿Contradicción entre vida y literatura? Pienso en mi mujer. Siempre lleva un libro encima, en el bolso (¡qué tema para un ensayo, los bolsos de las mujeres!). Pero lo va leyendo muy poco a poco, a sorbos, de manera que el volumen tiene que soportar innumerables roces, manoseos y zarandeos durante meses, hasta que acaba en un estado de desgaste lamentable. Cuando veo la fragilidad del pobre libro tras su ambulatoria peripecia —yo, que forro los libros con plástico flexible para evitar su deterioro— primero me invade un sentimiento de cólera, pero enseguida pienso: *la vida —la verdadera vida— pasó por aquí*. Está bien que así sea. *On second thoughts*, es una buena manera de leer.

¿Una buena razón para leer? Leer es como comer. Y lo que necesitamos no es *fast-food*, sino cocina de calidad.

¿Algún consejo para principiantes? A alguien que desee hacer algo en poesía, en pintura, en música, habría que decirle: haz sólo aquello que no puedas dejar de hacer. Y si hubiera que añadir un segundo consejo: intenta hacer aquello que no sabes hacer.

¿Tiene sentido la vida? La vida es el amor por la vida, dijo un sabio. El sentido es la actividad de creación del sentido, otro³. Si midiésemos éxito y fracaso en términos cuantitativos, ¿cuánto hace que hubiéramos debido beber la cicuta, o al menos retirarnos a una cabaña perdida en alguna aldehuela remota? Lo decisivo hemos de valorarlo en términos de *cualidad*.

¿Optimismo o pesimismo? La pregunta está mal planteada. El mundo es hermoso y se halla amenazado. Me defiendo, lucho, comparto, apuesto por las probabilidades improbables. Vivir y trabajar tienen sentido, a pesar de los desastres y las tragedias que nos rodean. Digámoslo así: *a pesar de todo el mundo está abierto*.

No sé si lo entiendo bien... Uno puede estar una hora contemplando el mar: y entonces salta un delfín. O caminar muchos días en soledad por el bosque, y de repente el cuervo blanco de Paracelso⁴. Ése es el instante de la verdad, pero supone al mismo tiempo la verificación de la espera previa. “Dejemos el pesimismo para tiempos mejores”, reza la pintada en la pared que evoca Eduardo Galeano. Y el dibujo al pastel de Paul Klee en 1940, justo antes de su muerte, se titula *Durchhalten!* ¡Resistir!

Vaya consuelo... Sólo podemos confiar en el fallo del sistema. Pero esa esperanza es sólida como una roca: porque el sistema fallará.

³ Cornelius Castoriadis, *La insignificancia y la imaginación (diálogos)*, Trotta, Madrid 2002, p. 82.

⁴ “Por mucho que un médico conozca y sepa, inesperadamente se presenta un azar —como un cuervo blanco— y echa a perder todos los libros...”. Paracelso, *Textos esenciales*, Siruela, Madrid 2001, p. 112.